

Superman murió en la ruta

Adriana
Francia



Superman murió en la ruta

Adriana
Francia



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Índice

Cuarenta años.....	13
Lentes de sol.....	16
Gorra de baño.....	21
El disco.....	28
Mi primer diario personal.....	38
La ficha.....	57
El guante.....	64
El abanico de Madrid.....	73
La fija.....	82
Foto.....	92
La servilleta Le Caravelle.....	106
Los gemelos.....	114
El boleto de tren.....	120
Una diapositiva.....	131
Postal del Café Tortoni.....	141
Folleto de Poa pratensis.....	146
El Menú.....	155
No estabas de viaje.....	162

A Nacho Soto, mi nieto

A los que siempre me apoyan y acompañan.



“No era coleccionista de mujeres
ni un cabrón de esos que se precian
de sus conquistas y eructan historias,
a menudo falsas, en las que aparecen
como insaciables depredadores sexuales.

Se enamoraba, o creía enamorarse con desmesura.

Lo excitante no era el amor sino perder la cabeza,
abandonarse a las comodidades del lenguaje sensual,
decirlo todo, prometerlo todo, descarnarse,
quemarse, incendiar, arder en ofrecimientos
acerca de un futuro que no había manera de predecir”

La distancia que nos separa

RENATO CISNEROS

Cuarenta años

Siempre que se acerca esta fecha me siento inquieta, un cosquilleo perturbador revolotea en mi panza y me devuelve a ese día, a esos dos días, en rigor de verdad. Hace cuarenta años que deseo que desaparezcan del almanaque y sin embargo inexorablemente cada veintiséis y veintisiete de enero, el mes más largo del año, se repiten.

Saber que nadie está exento de sufrir no aliviana el peso ni disminuye el vacío de la ausencia. Los primeros años fueron más duros. El tiempo cura todas las heridas, frase hecha si las hay, pero que no deja de tener un poco de razón. No sé si cura, pero uno acepta.

Anoche no pude pegar un ojo. Di vueltas y vueltas en la cama, imposible frenar el pensamiento.

Esta mañana me levanto temprano. Sin desayunar me pongo un vestido sobre el camisón y bajo a la bañera. Revuelvo entre valijas y latas de pintura seca y la veo: la caja de cartón forrada con papeles de colores, atada con una cinta de raso al mejor estilo años cincuenta.

Me quedo parada en ese sótano de olor ácido y profundo y me enfrento a la caja cubierta de polvo. Como si el tiempo no hubiera pasado, revivo en mi mente el momento en que guardé el contenido y la cerré con un moño de raso primoroso. Estaba a punto de mudarme una vez más. Hacía un inventario de mis cosas, envolvía la vajilla y los adornos en papel de diario y los colocaba con cuidado en un cesto enorme de mimbre. La ropa en bolsas, las cajas de zapatos atadas con hilo de nylon blanco. Las fotos, ¿qué hago con las fotos?, me pregunté. Mi ánimo no daba para ponerme a verlas justo en ese momento. Las miré a vuelo de pájaro, separé algunas al tuntún y guardé las demás. La habitación desbordaba de embalajes de cartón corrugado con sus respectivos rótulos. Me detuve en los objetos sin clasificar que habían quedado sueltos. No podía, no quería tratarlos como al resto. Me levanté del sillón y fui a una mercería. Elegí una caja forrada en papel plastificado con fondo azul y flores de colores y compré tres metros de cinta de raso de dos centímetros de ancho de color rosa fuerte. Volví corriendo y guardé sin orden retazos de nuestra vida. Le coloqué la tapa y la aseguré con la cinta, hice un nudo bien fuerte y un gran moño para finalizar la tarea. Ya instalada en la nueva casa, la llevé a la baulera. Me prometí que, en algún momento, menos doloroso, la revisaría.

La subo al departamento, le paso una gamuza, que retiro ennegrecida.

Prendo una vela con aroma a canela, que leí por ahí que limpia las energías. Me preparo un café y lo llevo junto con la caja al dormitorio.

Ayer hubieras cumplido noventa y un años. Como cada aniversario, estuve todo el día pensando en vos, en nuestras vivencias compartidas y en todas las que no tuvimos oportunidad de compartir. Vos vivías acelerado, como si presintieras que te ibas a morir joven.

Un año y un par de meses después del accidente, ese día en que volvía a mudarme, sola, porque vos no estabas para pasarme a buscar con el auto, había guardado en esta caja un rompecabezas de nuestro tiempo juntos. Algunas piezas eran importantes y otras, simplemente tonterías con valor emocional. Me mudé ocho veces más, y la caja, conmigo, aunque nunca la volví a abrir. Decido armarlo precisamente hoy que se cumplen cuarenta años desde que me dejaste. Sí, todavía lo pienso así. Aunque hice las paces y saldé cuentas y hablamos a diario y te consulto sobre mis decisiones, hay días como hoy en los que siento que te fuiste demasiado pronto y eso me enoja.

La cinta se desliza, el nudo me da un poco de trabajo. Tantas cosas nuestras han quedado anudadas. Al final lo desato y abro la tapa. Nuestro mundo queda al descubierto, tan desordenado y caótico como fue nuestra vida juntos.

Lentes de sol

Lo primero que veo son tus lentes de sol Ray-Ban. Tienen el marco dorado torcido y les falta uno de los cristales verde oscuro.

Esa mañana de enero, el sol se reflejaba en el vidrio de la ventana de la cocina. El ladrido de Moro en el fondo se mezclaba con el rínrín estridente del teléfono. No llegué a atender. Terminé de arreglarme y caminé las cuadras que me separaban del negocio de mis suegros. Le había prometido a Daniel pasar a dejarle un sobre con documentos del banco antes de ir al centro. Estaban arreglando el cielorraso. Muy a mi pesar, tuve que pasar por debajo de la escalera que cruzaba el pasillo. Mal presagio, pensé. Bah, son tonterías.

Daniel salió apurado a mi encuentro.

—Recién me llamó por teléfono tu tío Beto para avisar que tu papá tuvo un accidente con el auto. Nos espera en la casa de tu Nona, apurate. —Las llaves del auto tintineaban en su mano.

—¿Mi papá? ¿Qué decís? ¿Con el auto? No. No puede ser. Ayer cuando nos encontramos a la tardecita en La Biela, para brindar por su cumpleaños, nos dijo a mamá y a mí que se iba en el primer vuelo de la mañana a Bahía Blanca. No puede ser.

Me quedé inmóvil en la puerta.

—Habría cambiado de planes. Subí al auto.

Casi me empujó adentro. Arrancó a toda velocidad. Nunca lo había visto así, desencajado.

—¿Vos estás seguro de que se trata de mi papá? Mirá que la Nona y el tío son...

Daniel no me dejó terminar la frase, me tomó de la mano y estacionó el auto. Le resultaba imposible contener las lágrimas.

—Eli, tu papá falleció esta madrugada. Chocó con un camión en la Ruta 3 a la altura de Monte.

Apenas se escucharon las últimas palabras.

—¿Qué decís? ¿Te volviste loco? —grité; muy dentro de mí, algo me decía que era verdad, aunque yo no lo quería creer.

Sentí que una lanza de hielo me cortaba la respiración. Daniel se calmó y volvió a poner el motor en marcha. Continuamos el trayecto hasta la casa de la Nona en Paternal. Comencé a temblar, dos ríos de agua salada corrían por mi cara. Saqué un pañuelo de papel de la cartera, los sequé y me soné la nariz.

Estacionamos a la vuelta. Seguíamos sin hablar, tomados de la mano como dos chicos perdidos en un barrio que nos era ajeno, en busca de una dirección a la que no queríamos llegar.

Yo tenía veintidós y Daniel veinticinco; nos habíamos casado dos años atrás. Él era el segundo de cuatro varones de una familia italiana que se reunía todos los domingos en la casa de los abuelos a comer los ravioles; yo, única hija de una familia pequeña y “distinta”, como solía decirme.

Vos y Daniel se quisieron desde el primer momento. Estabas contento de que la nena hubiera elegido para casarse a un muchacho sencillo, trabajador y con buen porvenir. Lo sabías buena gente, lo veías como un diamante en bruto y te tranquilizaba respecto de mi futuro. Daniel a su vez te admiraba, te veía canchero, buen mozo, transgresor, con la calle que a él le faltaba.

Tocamos el timbre y vino a abrirnos mi prima mayor. Apenas me saludó. Caminamos por el largo pasillo hasta el fondo. La Nona estaba en un sillón, vestida de negro, con un vaso de agua al costado y un pañuelo en la mano. Cuando me acerqué a saludarla, su mirada expresaba una mezcla de tristeza, enojo y resignación; lo único que dijo fue:

—¿Te parece justo que otra vez tenga que enterrar un hijo? No, no es justo tener que pasar de nuevo por lo mismo. —Tomó un sorbo de agua del vaso.

Me vino a buscar mi tío Beto, me abrazó con su cuerpo gordo, enorme y sudoroso. Físicamente yo estaba ahí, pero sin embargo seguía en un limbo lejano. Me soltó y me llevó aparte. Nos sentamos en sillas enfrentadas en el comedor y me explicó:

—Tito iba a Bahía Blanca por la Ruta 3 y, a la altura de Monte, chocó de frente con un camión de hacienda.

—Hizo una pausa—. Intervino la comisaría del pueblo, tardaron varias horas con todo el papeleo y me informaron que en unos días nos van a entregar el resultado de la investigación.

Paró para tomar aire.

—Tuve que reconocer el cuerpo. Me dijeron que había muerto en el acto, así que no sufrió, quedate tranquila.

Hubiera querido que se callara, pero su voz entrecortada continuó.

—Un conocido me consiguió una empresa funeraria que se hizo cargo del traslado. El velatorio es en la calle Córdoba al 5200. Vos no te hagas problema que yo me encargué de todo —concluyó.

Se quedó sentado mirándome. No tenía conciencia cabal de lo que escuchaba, pero tampoco pregunté nada. No sabía qué preguntar. Era como si me hablaran en chino y yo solo captara las ideas sueltas: accidente, papá, muerte.

—¿Hablaste con mamá? —pregunté de pronto: hasta ese momento no había pensado en ella.

—Sí, la llamé después que a vos.

Y como si la hubiéramos invocado, en ese instante mamá entró por la puerta del comedor.

Nos abrazamos. Yo balbuceaba: pero si anoche brindamos... si viajaba en avión... si ayer cumplió cincuenta y un años. Mamá no me soltaba. Finalmente pudo decir: vos sabés cómo era tu padre.

Beto se acercó y nos rodeó a ambas con su cuerpo. Cuando se separó, se puso serio, desvió la mirada

hacia el suelo y soltó, como si se sacara un gran peso de encima:

—Tito no viajaba solo en el auto; el acompañante también falleció.

—¿Cómo? ¿Quién lo acompañaba? —preguntó mamá, que me soltó de inmediato.

—Este no es el momento de ocuparnos de ese tema, pero es importante que lo sepan. Ahora hay cosas más urgentes.

Yo seguía sin reaccionar. Nada tenía sentido, ni el viaje en auto, ni mamá y yo en la casa de la Nona, ni tío Beto hablando de informes de comisarías.

Daniel, que había permanecido sentado en un rincón del comedor, se acercó.

—Vos, ¿sabés algo? —lo atacó mamá.

—Vamos a casa y hablamos más tranquilos —contestó apurado y me tomó del hombro para llevarme a la puerta de calle.

—Mi papá se murió, dije en voz apenas audible. Ayer cumplió cincuenta y un años y hoy está muerto.

Gorra de baño

La goma de la gorra de baño está pegajosa; las pequeñas flores rosas en relieve que la recubren, descarnadas; la cinta que ataba un extremo con el otro, cortada. Un reflejo exacto de mi amarga experiencia con la natación.

Mamá trabaja como secretaria en un negocio de venta de muebles. La tía Celia dice que, con lo bien que cose, mamá se podría quedar en casa y trabajar de modista. A mí me gustaría que mamá estuviera más en casa, aunque también me gusta cuando va a la peluquería y se pinta las uñas y elige la ropa para ir a la oficina, se fija qué combina con los zapatos y la cartera y se pone aros y collares. Ella me dice que tenemos que ganar más plata para poder comprar un departamento y no alquilar más. Yo me pregunto si no podría ir a la oficina medio día y el resto quedarse conmigo.

El jefe, que también es el dueño, es “de la colectividad”. Me explicaron que quiere decir que no es católico

y tiene otra religión que se llama judía. Él es viudo y tiene dos hijas, una más grande y la otra, Felisa, un año mayor que yo. Felisa está triste porque se le murió la mamá, así que me llevan a jugar con ella para hacerle compañía. Ellos son socios de un club que se llama Hebraica, que es muy grande y tiene de todo, y sólo puede entrar gente “de la colectividad”, pero el jefe de mamá es uno de los directores o algo así, y también me hizo socia. Me advirtió que nunca dijera que voy a la escuela de monjas. La Baba no está muy de acuerdo, pero mamá le dijo que era lo mejor.

Papá me insiste con que tengo que ir a natación.

—Y dale con que tengo que aprender a nadar. No quiero y no quiero. Tengo miedo.

—Por eso tenés que ir a tomar clases. Así le perdés el miedo y cuando vamos a Mar del Plata nos metemos juntos en el mar —me insiste papá.

—¿Y mamá? Ella no sabe nadar y vos no le decís nada.

—Si el papá la hubiera llevado a aprender, ahora sabría nadar y se divertiría jugando en el agua —me contesta papá.

La Baba trató de explicarle que es mejor que tome clases cuando sea más grande y tenga ganas. Papá le contestó que me mimaba y me sobreprotege demasiado. Pero el argumento que la convenció fue cuando le advirtió el peligro que podía correr los fines de semana en que vamos al Tigre a visitar a la tía Monona.

—Todas las tardes se sientan en el muelle a tomar mate. Imagínese que se tropieza y se cae al río. Mary

no sabe nadar. Si yo no estoy cerca, ¿quién las rescata? En cambio, si ella aprende a nadar, no va a pasar de un susto, va a salir sola.

Como si mamá y tía Monona estuvieran papando moscas. A pesar de que se la pasan hablando de sus cosas, las dos están atentas y me vigilan. Tía Monona me regaló un libro de fábulas, que son cuentos con enseñanzas, con dibujos muy lindos, y yo me quedo leyendo y mirando sentada en una reposera. Ale, mi mejor amiga, no entiende cómo me gusta tanto quedarme quieta leyendo. Me cuenta que, cuando va a la casa de los abuelos en Martínez, corre por todos lados, va a andar en bici y se trepa a los árboles con los primos. Creo que a papá le gustaría que yo hiciera más deportes. Un domingo a la tarde, mientras mamá se cambiaba para volver a casa, se lo dije a tía Monona. Ella me abrazó y me contestó que no me aflija, que a papá le gusta cómo soy, muy femenina. También me dijo que siempre tenía que pensar por mí misma y defender mis puntos de vista y hacer lo que sintiera que era mejor para mí. Yo no entendí mucho, pero le dije que sí y ella se puso contenta y me abrazó más fuerte.

Al final me anotan en las clases del club. Me compraron una malla nueva blanca y negra con pollerita y una gorra de baño de goma rosa clarito con flores en relieve. Papá me dice que me queda hermosa. A mí, la goma que ajusta para que no se salga me molesta mucho, me pica y me lastima. Igual la tengo que usar porque es obligatorio para las nenas adentro de la pileta. Yo voy

para conformarlo. Dos veces por semana la Baba me lleva en el colectivo 101 y me espera en el vestuario. Estoy en el grupo de los principiantes, los que no saben nadar y se quedan en la parte bajita.

A mí no me gusta. ¿Por qué me obligan?

La tía Celia, el tío Raúl y Silvia ya se mudaron al departamento de adelante. A Silvia, que tiene dos años menos que yo, la anotaron en el mismo colegio de monjas y va a clases de inglés con la misma profesora y a la misma maestra de piano. Pero no va a ningún club ni la obligan a tomar clases de natación. Debe ser porque papá y el tío siempre se llevan la contra. El que insiste con las clases es papá, seguro que el tío dijo que no hacía falta saber nadar.

El tío tiene una librería y muchos días la tía lo va a ayudar desde la mañana, después de que nos deja a Silvia y a mí en la escuela, hasta la tarde que nos va a buscar, porque vamos medio pupilas. La tía Celia y el tío Raúl son muy distintos a mamá y papá: no van al hipódromo ni salen a comer afuera ni van a bailar. No se pelean nunca. Mamá dice que a esa casa le falta sal. Yo pienso que a lo mejor a la mía le sobra, pero no digo nada. Mamá y tía Celia son hermanas y no se parecen en nada. ¿Alguna será adoptada? No me animo a preguntarle a la Baba.

El profesor de natación es alto y grandote, se llama Miguel, no es malo conmigo, me dice que no pasa nada,

pero igual tengo miedo. Hacemos ejercicios en la parte baja, damos patadas, pero cuando hay que meter la cabeza no quiero. A los otros chicos no les asusta y se divierten. A mí me da rabia cuando me dicen: ¿viste?, tus compañeritos no tienen miedo. ¿Y a mí qué me importa?

Lo único bueno es que la Baba, para que me quede contenta, cuando salgo me lleva a tomar café con leche y medialunas a El Parque. En lugar de bajarnos del colectivo 101 en la parada de la esquina de casa, seguimos dos paradas más hasta Caseros y Rioja. Después nos volvemos caminando.

Silvia está celosa porque la Baba vive conmigo y salimos juntas a muchos lados. Lo que pasa es que mamá trabaja y la tía Celia, no.

La otra tarde vino papá a buscarme para ir juntos a la clase, dijo que quería ver mis progresos. Está ansioso para que aprenda rápido. Antes de que empezara la clase, se reunió con el profesor a solas. No sé qué le dijo, pero vi que le dio algo en la mano. Estuvo un rato y después vino a darme un beso y me dijo que se tenía que ir. La Baba se quedó a esperarme.

—Después me contás cómo te fue hoy —me dijo papá desde la puerta de la pileta.

La clase empezó igual que todos los días. Antes de terminar, el profe nos llevó a lo hondo.

—Sólo un chapuzón para que le pierdan el miedo. Se tiran desde el borde y van a ver cómo solitos salen a flote, el agua los empuja para arriba —dijo Miguel y se fue para la otra punta de la pileta.

A este qué le picó, pensé yo.

Todos se tiraron y yo quedé para lo último, parada en el borde hasta que el profesor gritó:

—¡Al agua, pato!

Y me empujó.

Me fui al fondo y veía cómo las burbujas se iban para arriba. Yo estaba ahí abajo rodeada de agua, con la boca bien cerrada, muerta de miedo, sin saber qué hacer.

El profesor se debe haber dado cuenta de que el agua no me empujaba y yo no salía. Se tiró a rescatarme. Me agarró por la cintura y me sacó del agua.

Yo estaba asustada, tosía y lloraba. El profe también tenía cara de susto.

Entré al vestuario a lágrima viva, la Baba me abrazó. Yo le conté lo que había pasado y ella se enojó mucho. Ya va a ver tu padre, repetía furiosa. Menos mal que Miguel se había ido, porque ella lo quería matar. En lugar del café con leche en El Parque, nos subimos a un taxi y fuimos al Tortoní a tomar chocolate con churros.

Nos sentamos en una de las mesas redondas con tapa de mármol, que son las que más me gustan. Cuando vino el mozo, la Baba le pidió chocolate con churros para las dos. Le aclaró que lo trajera bien espeso y que a los churros les pusiera bastante azúcar. Yo había dejado de llorar. La Baba me dijo que no me preocupara, que todavía tenía tiempo para aprender a nadar.

Cuando llegué a casa, papá me preguntó:

—¿Qué tal la clase de hoy?

—El profesor es un bruto, nos metió en la parte honda y como yo no quería, me tiró y yo no subía como él había dicho. Se metió a sacarme. Yo lloraba y tosía con gusto a cloro. No vuelvo nunca más, aunque te enojés y no me hables y me pongas en penitencia.

Le conté a Silvia y la muy tonta se rio. Me dijo que cuando fuera grande quería ir a natación, aunque como iba a ser monja no sabía si iba a poder. Yo quiero ser bailarina, para eso no hace falta saber nadar.

Esa fue mi última clase. No te resignaste y cada tanto insistías con el tema. Me decías que sólo había sido un susto, que tenía que probar de nuevo. No me volviste a convencer. Nunca aprendí a nadar y sigo teniéndole miedo al agua.

